



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SIMON *solo.*

SIMON.

¡Qué ganas tengo de ver
á mi señor don Anselmo
y de abrazarle! tres años
(como quien dice tres credos)
hace ya que su merced
nos envió á Madrid, cediendo
de su sobrino querido
á los incesantes ruegos,
y otros tres hace también
que obediente á sus preceptos,
dejé de ser criado suyo
para serlo de don Diego;

porque al fin, siempre conviene
que un criado antiguo... mas siento
pasos... calla, si será
don Anselmo, sí, en efecto.
él es.

ESCENA II.

DON ANSELMO Y SIMON.

D. ANSELMO.

Sensibilidad:
más habladora, no pienso
hallarla en toda mi vida,
cáspita y que... Simonzuelo.

SIMON.

Señor.

D. ANSELMO.

Muy caro te vendes.

SIMON.

¿Conque me echó vd. de menos?

D. ANSELMO.

Pues no.

SIMON.

Cuando vd. llegó
estaba en el coliseo,
y por eso, ya se vé
no estaba en casa.

D. ANSELMO.

Lo creo.

¿Y qué comedia te han dado?

SIMON.

El mágico de Salerno.
¡Si viera vd. cuánta gente!

D. ANSELMO.

Como el tal es hechicero,
la habrá llevado por magia.

SIMON.

No señor; pero hay sus vuelos,
y sus maromas pintadas,
y su poquito de infierno,
y después para acabar
hay su gloria.

D. ANSELMO.

Muy bien hecho;
no puede haber un final
que más convenga.

SIMON.

Y por eso
va la gente, porque al cabo
á todos gusta lo bueno.

D. ANSELMO.

Tienes razón.

SIMON.

Pero vaya,
¿cómo encontráis á don Diego?

D. ANSELMO.
Muy bien.

SIMON.
¿No habéis reparado
que estirón ha dado?

D. ANSELMO.
Cierto.

SIMON.
¡Y qué bueno está!

D. ANSELMO.
Parece
canónigo de Toledo,
cuando en lo gordo no sea,
en lo sano y satisfecho.

SIMON.
¡Ya! tal vida se mama.

D. ANSELMO.
¡Oiga!
según eso ¿está contento?

SIMON.
¡Tomal pudiera no estarlo,
yo también lo estoy.

D. ANSELMO.
Me alegre
infinito . . .

SIMON.
Si señor;
si desde que el casamiento
se trató, puede decirse

que estamos en nuestro centro,
pues se nos mima y regala
y cuida y . . .

D. ANSELMO.
Pues Simón, puedo
asegurarte que nada,
nada, me complace menos
que esos mismos regalos.

SIMON.
¿Y por qué?

D. ANSELMO.
Porque por ellos
sin duda encuentro á Dieguito,
muy mudado.

SIMON.
No lo entiendo.

D. ANSELMO.
Yo sí; Dieguito allá en casa
no era ningún lince, pero
era moderado, humilde,
y callaba por lo menos.
Figúrate mi sorpresa
cuando esta noche lo encuentro
muy pagado de sí mismo,
charlatán hecho y derecho,
tirar tajos y reveses
á todo y por todo, luego
no se yo lo que te diga
de la casa de don Cleto,

todo en ella me parece
simple, estudiado, embustero
y... por fin nada me gusta
ni la novia, ni los suegros,
ni el amigo.

SIMON.

Ya ve vd.,
como en casa era chicuelo,
todo el mundo le reñía,
y no es extraño que miedo
tuviese, pero ahora es novio,
y sin duda...

D. ANSELMO.

El majadero
no conoce que le adulan
y le engañan; dí, ¿no es esto
lo que me quieres decir?

SIMON.

¡Engañarle! ni por pienso,
no señor, ¿quién dice tal?
una cosa es que atendiendo
á su cualidad de novio
y atentos y placenteros
á todo digan que sí,
reservando los denuestos
para después de casado,
y otra cosa es que su intento
sea engañarle.

D. ANSELMO.

Pero dime
¿y qué son los cumplimientos
los gestos, las reverencias,
sino engaños y embelesos
con que los hombres disfrazan
interesados proyectos?
En la sociedad, Simón,
por un tácito convenio
se recibe esta moneda,
y aunque sólo para el necio
tenga algún valor, los otros
no la desairan por eso
y la guardan.

SIMON.

¿Para que?

D. ANSELMO.

Para el escarmiento ajeno.

SIMON.

Bien sabe Dios que no sé
donde vá á parar...

D. ANSELMO.

Lo siento;
pero pronto lo sabrás,
Ahora márchate allá dentro
y en acostándose todos
sírveté de algún pretexto
y entra en mi alcoba, que allí
te explicaré por extenso;

un plan que, ó mucho me engaño,
ó ha de surtir buen efecto
luego que se ponga en planta.

SIMON.

Válgate Dios, ¿ya tenemos
plan en campaña?

D. ANSELMO.

Sí amigo

y con él probar espero
lo que vale un desengaño
siempre que nos llega á tiempo.

SIMON.

Conque, hasta después.

D. ANSELMO.

Agur.

ESCENA III.

DON ANSELMO *solo*.

D. ANSELMO.

Pues señor, ensayaremos
la farsa, así como así
nada se arriesga, y si puedo
conseguir que mi sobrino
se reconozca, no pierdo
mi viaje, porque... mas calla
¿no son aquellos los viejos
que vienen sin duda alguna

en mi busca? sí por cierto
ellos son... ¡qué par de muebles
para la feria! Eá, Anselmo,
manos á la obra y de un golpe
cuatro avechuchos matemós.

ESCENA IV.

D. CLETO, DOÑA MARIA. y *dichos*

D. CLETO.

Amigo en busca de vd.
venimos....

DOÑA MARIA.

Y en verdad, llenos
de sobresalto....

D. CLETO.

Y de susto....

DOÑA MARIA.

Y de congoja....

D. CLETO.

Y de miedo....

D. ANSELMO.

¿Pues señores qué ha ocurrido?
¿Habéis visto algun entierro?
¿Está la gata de parto?

D. CLETO.

No señor, vd....

D. ANSELMO.

¡Yo!

D. CLETO.

Quiero
decir que vd. es la causa
de nuestro desasosiego.

D. ANSELMO.

¿Cómo y cuándo?

DOÑA MARIA.

Como vd.

Se salió del aposento
en que estaba, de puntillas
y sin decir nada, luego
ya se ve, nos figuramos
que estaba vd. malo, y....

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y como precisamente
nos estaba refiriendo
el bueno de D. Simplicio
aquel chistoso suceso
de las catacumbas.... todos
estabamos muy atentos
y no vimos la salida,
pero después....

D. ANSELMO.

Agradezco
vuestro cuidado señores,

pero á fe de caballero,
que nunca me ví mejor.

DOÑA MARIA.

Vaya vaya, no lo creo.

D. ANSELMO.

Pero....

DOÑA MARIA.

Si no puede ser.

D. ANSELMO.

Repito....

DOÑA MARIA.

Esos fingimientos
son excusados amigo;
vd. no puede estar bueno.

D. ANSELMO.

Muchas gracias

DOÑA MARIA.

El cansancio
del viaje, el traqueteo,
el olor de las posadas,
y los malos alimentos,
bastan sin duda ninguna
para producir un ciento
de enfermedades, y así
no es extraño que....

D. ANSELMO.

Protesto
de nuevo que mi salud....

001951

Doña MARIA.

No tal, fuera cumplimientos
y confiese qué fué flato.

D. ANSELMO.

Jesús y qué sacrilegio,
¡Flato!

Doña MARIA.

¿Por qué no?

D. ANSELMO.

Señora
si he merendado un torresno
en el pimer ventorillo,
cómo quiere vd. . . .

Doña MARIA.

Pues ello,
algo ha sido.

D. ANSELMO.

Ya se vé
que ha sido; espero al arriero
con alforjas y maletas,
y sólo con el objeto
de averiguar su llegada,
dejé á vd.

Doña MARIA.

¿Y para eso
estaba vd. tan solito,
reflexivo y macilento
cuando nosotros llegamos?

D. ANSELMO.

Mis órdenes di al efecto,
y después entretenido
con sólo mi pensamiento
me detuve

Doña MARIA.

Basta, basta,
que ya comprendo el misterio;
sin duda algún cuidadillo

D. ANSELMO.

No faltan en el comercio
cuidados

Doña MARIA.

Pues ya se vé;
hacer con papel dinero,
mire vd. si habrá qué hacer
y en qué pensar.

D. ANSELMO.

Por supuesto;
pero hablando con verdad,
ahora estaba discurriendo
en cosa bien diferente.

Doña MARIA.

Y dígame vd., ¿podemos
saber en qué?

D. ANSELMO.

Sí señora
pensaba en el casamiento
de mi sobrino.

DOÑA MARIA

¿Y qué, acaso encuentra vd. que los genios no conforman?

D. ANSELMO

¿Quien dice tal?

DOÑA MARIA.

¿El apellido nuestro os disgusta? ¿sabe vd. que mi marido don Cleto, desiendo por linea recta de Juan Pérez el Gallego?

D. ANSELMO.

Para mí, señora mia, todos los Pérez son buenos.

DOÑA MARIA

Pues entonces ¿qué os asusta?

D. ANSELMO.

Nada; antes bien el objeto de mis reflexiones era de un carácter muy diverso, La risueña perspectiva de un enlace lisonjero que el amor ha preparado tan sin interés, confieso que me encanta.

DOÑA MARIA

Y con razón

D. ANSELMO.

Bien sé que algunos sujetos dirán que el novio es muy joven, que á su edad se está muy lejos de conocer los deberes de un estado tan perfecto; añadirán que no tuvo ni aun el necesario tiempo para apreciar el carácter de la novia; que sin estos requisitos, tal enlace carece de fundamentos sólidos, y de consiguiente está á mil riesgos expuestos: dirán tambien . . .

D. CLETO.

Pero usted . . .

D. ANSELMO.

Que los padres no debieron de ningún modo asentir á tan pueril devaneo; que pudieron evitarlo, y después no lo quisieron, son ellos los responsables de cuanto suceda luego.

DOÑA MARIA.

¿Pero vd. qué dice?

D. ANSELMO.

Nada,

si quien lo dicen son ellos;
yo no.

DOÑA MARIA.

Ya; pero usted sabe
muy bien, que el mundo está lleno
de malas lenguas....

D. ANSELMO.

Sin duda.

DOÑA MARIA.

De malvados, de embusteros,
y de gente que no mira
sino su propio provecho,
y después caiga el que caiga.

D. ANSELMO.

Por lo mismo los desprecio,
y seguiré mi camino
aunque rabien.

DOÑA MARIA.

Según eso
¿habrá boda?

D. ANSELMO.

Si señora,
y si es preciso bateo.

D. CLETO.

Me parece que los chicos
lo desean y....

D. ANSELMO.

Hágase presto,
no veo en eso inconveniente.

DOÑA MARIA.

Antes será muy bien hecho,
porque siempre en tales casos
lo más pronto es lo más bueno.

D. ANSELMO.

Dice bien esta señora.

D. CLETO.

Conque, ¿así los casaremos
en esta semana?

D. ANSELMO.

Lindo.

D. CLETO.

Y mañana firmaremos
el contrato, ¿eh?

D. ANSELMO.

Sí, cuanto antes;
así, como así deseo
salir del paso.

D. CLETO.

Y también
nosotros.

D. ANSELMO.

Tengo un proyecto
hace tiempo y no podía
llevarlo á debido efecto
en tanto que mi sobrino
se hallaba libre y soltero;
pero luego que le mire

establecido y contento,
entonces será otra cosa.

DOÑA MARIA.
Tenéis razón don Anselmo.

D. ANSELMO.
El matrimonio es estaño
muy feliz.

DOÑA MARIA.
Eso á don Diego,
le he dicho más de cien veces.

D. ANSELMO.
Tener uno en el objeto
de su amor, quien le aconseje
en los peligros y riesgos,
quien le cuide en sus dolencias,
quien sobre sí tome el peso
de la casa, quien le mime,
es en verdad mucho cuento.

DOÑA MARIA.
¿Y por qué se deja vd.
los chicos en el tintero?

D. ANSELMO.
Cierto.

DOÑA MARIA.
Mucho dan que hacer;
sino que lo diga Cleto.

D. ANSELMO.
No hay duda; debemos mucho
á vuestro apreciable sexo.....

DOÑA MARIA.
¡Cáspita! si nos debéis.

D. ANSELMO.
Pues por mi parte protesto,
manifestarle bien pronto
todo mi agradecimiento.

DOÑA MARIA.
¿Cómo?

D. ANSELMO.
La amable Adelaida
es un objeto tan bello,
es tan dulce.

DOÑA MARIA.
Si señor,
lo mismo que un caramelo.

D. ANSELMO.
La suerte de mi sobrino
tan envidiable....

DOÑA MARIA.
Doscientos
se dieron por conseguirla,
con un canto en ambos pechos.

D. ANSELMO.
Así, pues, me decidí.

DOÑA MARIA.
¡Ola!

D. CLETO.

¿Y á qué?

D. ANSELMO.

Dejo el comercio
para siempre.

DOÑA MARIA.

¡Para siempre!

D. ANSELMO.

Si señora, que no quiero
más riesgos ni más peligros.

DOÑA MARIA.

Muy bien hecho.

D. CLETO.

Muy bien hecho.

D. ANSELMO.

La vida de un comerciante,
es una vida de perros;
siempre pensando en borrascas,
siempre á merced de los vientos,
soñando quiebras y engaños,
hoy muy rico, y sin dinero
mañana, con crédito ahora
y después burlado y preso.
Comiendo sobre el bufete,
sin tener otro paseo
que el muelle, ni otra visita,
que el corredor y el gallego.
Por libros sólo el de caja,

por amigo el aduanero,
la desconfianza por norte
y el desengaño por premio.
Piensa vd., Doña María,
que puede vivir contento
quien vive de esta manera?

DOÑA MARIA.

¡Ay amigo don Anselmo,
mal haya amén quien le guste
andar entre marineros!

D. ANSELMO.

No más especulaciones;
realizaré mis efectos,
y después me fijaré
en la Corte.

DOÑA MARIA.

¡Pensamiento

lleno de nobleza!

D. CLETO.

¡Heróico

discurso!

D. ANSELMO.

Fincaré luego
y fundaré mayorazgo.

DOÑA MARIA.

¿En Aragón?

D. ANSELMO.

Puede; es suelo
muy feraz.

Doña MARIA.

Y muy cortés
en sus leyes y sus fueros.

D. CLETO.

¡Vaya, vaya, un mayorazgo!

D. ANSELMO.

Aun hay más.

Doña MARIA.

¿Pues qué hay?

D. ANSELMO.

Que pienso
comprar después, de Castilla
un título.

D. CLETO.

No lo apruebo.

Doña MARIA.

Yo sí.

D. CLETO.

Por un pergamino
dar diez ó doce mil pesos,
no en mis días

Doña MARIA.

¿Y qué, no vale
nada, tener tratamiento?

D. CLETO.

Nada; delirios humanos.

Doña MARIA.

No digas tal, que en el cielo
hay también sus gerarquías,
y....

D. ANSELMO.

No enfadarse por eso,
la cosa no lo merece
á la verdad; tengo medios
sobrados, y puedo así
tener un capricho.

D. CLETO.

Bueno,
el que lo tiene lo tira.

D. ANSELMO.

Pretendo pasar el resto
de mi vida descansado,
vivir á lo caballero
y no hacer nada. Una casa
cómoda, un buen cocinero,
berlina, amigos, criados,
¡oh qué fortuna! y si encuentro
una mujer....

Doña MARIA.

Mire vd.

por si acaso que le advierto
hay malísima cosecha
ahora de amas de gobierno.

D. ANSELMO.

Y si encuentro una mujer
con hermosura, talento.

y atractivo; verbigracia
otra doña Adela, ciërro
ambos ojos y me caso
sin andarme en chicleos.

DOÑA MARIA

¡Qué se casa vd.! ¿y cómo?

D. ANSELMO.

Como se casó mi abuelo,
lo mismo.

D. CLETO.

¿Y eso es de veras?

D. ANSELMO.

Si señor, no soy tan viejo
que al fin y al cabo no pueda
esperar un heredero.
Nadie tiene más edad
que la que demuestra, y creo
según vdes. me han dicho
antes, que no represento
arriba de treinta.

D. CLETO.

Ya.

D. ANSELMO.

Estoy sano, bien dispuesto
y... en fin seré buen easado,
amigos, no lo dudemos.
Pero dejemos aparte
entretanto mi proyecto,
y tratemos de los chicos;

¡pobrecillos! cuán inquietos
estarán, voy á sacarles
de la duda, sepan ellos
la dicha que les espera
y nuestro consentimiento.

DOÑA MARIA.

Esperad...

D. ANSELMO.

¡Qué disparate!
si mañana los conciertos
se firman, ¿por qué esta noche
decírselo no podremos?
Voy pues.

DOÑA MARIA.

Pero sí....

D. ANSELMO.

Venid

si gustáis, si no hasta luego.

ESCENA V.

DOÑA MARIA Y DON CLETO.

DOÑA MARIA.

¿Don Cleto?

D. CLETO.

Doña María.

DOÑA MARIA.

¡Escuchaste?

D. CLETO.

¡Sí, por cierto.

DOÑA MARIA.

Y bien ¿qué dices?

D. CLETO.

Yo sólo
que nos ha dejado frescos.

DOÑA MARIA.

¿Con que se casa?

D. CLETO.

Bien claro
lo ha dicho.

DOÑA MARIA.

¿Entonces el necio
del sobrino nada hereda?

D. CLETO.

Nada.

DOÑA MARIA.

¡Qué chasco tan fiero!

D. CLETO.

Terrible.

DOÑA MARIA.

Pobre Adelaida.

Y por este chuchumeco,
ha perdido su acomodo
con el anciano don Pedro.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

Aquel al cabo
esperaba un buen empleo
en el ramo de la nieve
y....

D. CLETO.

Marido veraniego,
no es mucha pérdida.

DOÑA MARIA.

¡Sí,
pero es peor no tenerlo,
como nos sucede ahora,
ni en verano ni en invierno.

D. CLETO.

¿Por qué te afliges María?
no es el caso tan tremendo
cual tú piensas. Diego al cabo
tendrá entretanto alimentos
como inmediato, y después
quién sabe....

DOÑA MARIA.

Lindo consuelo,
eso dura nueve meses.

D. CLETO.

¿Nada más?

DOÑA MARIA.

O quizá menos.

D. CLETO.

¿Y por qué?

DOÑA MARIA.

Porque ninguno
suele correr tanto riesgo
de ser padre antes de cuenta,
como el que se casa viejo.

D. CLETO.

No te entiendo.

DOÑA MARIA.

¿Pues no ves,
que si desperdicia el tiempo,
en lugar de tornaboda
suele encontrar torna entierro?

D. CLETO.

¿Y qué haremos?

DOÑA MARIA.

Qué sé yo.

D. CLETO.

No es justo sacrifiquemos
la chica, con quien no tiene
ni una blanca.

DOÑA MARIA.

Por supuesto;
pero mira, se me ocurre
en este mismo momento

una soberana idea;
Don Anselmo está dispuesto
á casarse; pero hasta ahora
no se fijó en el objeto,
según nos dijo.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

También hizo sin rodeos
mil elogios de Adelaida,

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y si mal no me acuerdo,
añadió que en encontrando
una copia de tan bello
original, la daría
con su mano su dinero.

D. CLETO.

Sí, pero . . .

DOÑA MARIA.

Pues bien, que tome
el original.

D. CLETO.

A el cielo
pluguiese, mas no querrá.

DOÑA MARIA.

No sé por qué.

D. CLETO.

Por don Diego.

DOÑA MARIA.

Donde se mezcla el amor
nada importa el parentesco.

D. CLETO.

Pero dí, ¿y su edad?

DOÑA MARIA.

Su edad
si se casa es lo de menos,
lo que importa es que se case.

D. CLETO.

Piensa entonces algún medio
(ya que tú como mujer
entiendes de casamientos)
para salir del apuro.

DOÑA MARIA.

Mira hombre si tuviésemos
la fortuna....

ESCENA VI.

DON DIEGUITO y *dichos*.

D. DIEGUITO.

Señores,
vengo loco de contento;
mi tío....

DOÑA MARIA.

¡V! ya qué imprudencia
tan grande! entrarse aquí dentro
sin avisar.

D. DIEGUITO.

Es que el tío...

DOÑA MARIA.

Siempre vd. tuvo el defecto
de meterse de rondón
en mi cuarto, y es mal hecho,

D. DIEGUITO.

Perdone vd;
pero el tío...

DOÑA MARIA.

Por mucho menos
reñí yo con mi sobrino,
y era todo un racionero,
y al menos si no avisaba
tosía.

D. DIEGUITO.

Hizo vd. bien, pero,
es el caso que mi tío...

DOÑA MARIA.

Su tío de vd. es sujeto
muy apreciable, y no puede
enseñaros tan grosero
método de introducirse.

D. DIEGUITO.

Ya, pero me dijo....

DOÑA MARIA.

Y luego

debió vd. de reparar
que hablábamos en secreto....

D. DIEGUITO.

Cierto y yo....

DOÑA MARIA

Y vd. no debió
interrumpirnos.

D. DIEGUITO.

Lo siento
infinito....

DOÑA MARIA.

Es fuerte cosa
que en mi casa, nunca puedo
tener un momento mío.

D. CLETO.

Vámonos, pues, dulce dueño,
que ya es hora de cenar,
y en cenando, concluiremos
el asunto principiado.

DOÑA MARIA.

Cuando estén todos durmiendo;
porque si no, nunca faltan
como el señor majaderos.

ESCENA VII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Ola! pues dígole á usted
que es bonito el cumplimiento!
caramba con la señora,
¡majadero á mí! me alegro
como hay Dios, y yo venía
tan alegre y satisfecho
con lo que me dijo el tío....
Si me habrá engañado....entremos
á cenar que luego yo
sabré apurar tal misterio.

